

ALFONSO REYES

Alfonso Reyes es la más alta realización contemporánea de las letras mexicanas e hispanoamericanas, por la calidad y el número de sus obras, por la diversidad de asuntos, formas e ideas y por el depurado espíritu universal que anima su creación literaria. El vasto conjunto en que se cuentan más de 150 títulos, de los cuales hay traducciones a otros idiomas, impresiona, independientemente de la alta calidad, por la magnitud excepcional del esfuerzo creador.

Tan ingente material se distribuye, si lo consideramos esquemáticamente por sus géneros, en Poesía, Ensayos, Ficción Literaria y Tratados; de los cuales no cabe referencia, uno a uno de sus numerosos títulos, en estas líneas, que dejan reservado el punto para el índice bibliográfico anexo.

Se impone, no obstante lo anterior, una sumarísima indicación a lo más significativo en la producción de Alfonso Reyes:

I.—En Poesía —como lo ha señalado José Luis Martínez, el más veraz de sus críticos— fundamental es la intimidad melodiosa de su nota lírica; las depuradas formas del romance; y la perfecta belleza del poema dramático *Ifigenia Cruel*.

II.—La ficción literaria ha quedado consagrada, entre otras, en las admirables páginas de *El Plano Oblicuo*; *El Testimonio de Juan Peña*; *Los Siete sobre Deva*; *Verdad y Mentira*; *Quince Presencias*; *Los Tres Tesoros* y otros.

III.—De sus Ensayos, destacan *Visión de Anáhuac* y *Ultima Tule*, en que la más íntima devoción mexicana y por nuestra América cristaliza en moldes de pensamiento y de lenguaje, clásicos por su verdad y perfección.

La crítica literaria, desde la inicial *Cuestiones Estéticas*; *El Paisaje en la Poesía Mexicana*; *Capítulos de Literatura Española* y *Le-*

tras de la Nueva España, representan esenciales y eruditas aportaciones a la historia y a la estética de las letras españolas y americanas.

Los ensayos de exposición de hechos e ideas, como *El Panorama de la Religión Griega*, el capítulo dedicado al sistema histórico de Toynbee; la producción de crónicas o memorias; la nota periodística; y el admirable *Discurso por Virgilio*; significan fecundas contribuciones de un espíritu universal a los más diversos campos del pensamiento y la literatura.

IV. — La aportación científica y filosófica de Alfonso Reyes, valiosa por su método y el vigor de su investigación, su originalidad y hondura, se revela en las siguientes obras: *La Crítica en la Edad Ateniense*; *La Antigua Retórica*; *La Experiencia Literaria*; y, ejemplar en grado sumo, *El Deslinde*.

Estas obras, unas cuantas del ingente acervo, que se indican más para una brevísima ejemplificación que por ser lo único selecto de su producción, califican extrínsecamente la obra del escritor, pero no abarcan toda la hondura del espíritu de Alfonso Reyes y su significación personal.

Representa en México una de aquellas almas selectas que pertenecen a toda la humanidad, porque iluminan los afanes históricos con los más puros bienes del espíritu, como son la perfección del lenguaje, la precisión de las ideas, el culto a la belleza; bienes que nuestra civilización tiende a oscurecer cada día más, comprometida en turbias empresas de provecho económico.

Desciende de la más castiza tradición humanística, a la que sirve de paradigma la obra de Nebrija, el poner en orden y claridad la lengua castellana, en virtuosa emulación del descubrimiento de América. Prolonga el esfuerzo que arranca de Cervantes de Salazar, de Sor Juana y los humanistas del Siglo XVIII, por dar aliento y voz universal al nuevo ser humano que se gesta en el ente político de la Nueva España.

Es —y en la suma de ello se condensa— la virtud de la inteli-

gencia para todo lo humano; en gracia de lo cual las mismas cosas se transfiguran con significados espirituales. El mundo de Alfonso Reyes está poblado de señales de comprensión que, entre burlas y veras, nos invitan al acercamiento cordial. Ello, en cuanto al mundo de lo exterior, que en el ámbito de la creación impera en su obra un sentido íntimo que organiza musicalmente las especies intelectuales.

El sentido de interioridad musical de las ideas en Alfonso Reyes, que corroboran su devoción por Mallarmé y Góngora, funde en una sola su personalidad poética, literaria y filosófica; y aporta un rico juego de armonías a su prosa, diáfana y apretada de intenciones ideológicas.

Su afán de perfección, en que se perfila un sentido de la existencia, no tiene los límites de la estatua, sino la fluída movilidad de la vida en que cada experiencia nos ofrece un deleite, un misterio por descifrar.

Es un espíritu que lleva al conjunto universal la experiencia de América en un hijo de México; y que realiza la vuelta del espíritu a sus lares patrios, suministrando un ejemplo y una indicación de la tarea por realizar en las más diversas dimensiones de la cultura hispano-americana.

Por su enorme y delicada aportación a la cultura universal, en letras castellanas; por su significación personal y por las luminosas lecciones humanas de su obra, alerta a las situaciones y actitudes del contorno social, Alfonso Reyes es símbolo de la inteligencia, de la esperanza y de la cultura de nuestra América.

RAÚL RANGEL FRÍAS

Prólogo a: *Alfonso Reyes. Datos Biográficos*. Universidad de Nuevo León.

Monterrey, 1955.

ALTITUD Y ACTITUD DE ALFONSO REYES

En estos días celebrará Alfonso Reyes sus bodas de oro con las letras. Escribir ha sido su vocación, oficio y destino. Niño aún empezó a sembrar de misteriosos signos cuanto papel le caía a mano. Abrió su diario al despuntarle la adolescencia. Eso fue allá por 1900. ¿Qué podría anotar, a esa edad, que tuviera auténtica relevancia? Apenas los sucesos trascendentales de su intrascendente vivir: "Y hoy tomé café con leche con bastante pan y mantequilla". El 28 de noviembre de 1905 alumbró en letra impresa su premonitorio ejercicio: tres bruñidos sonetos inspirados en un grupo escultórico de Cordier. "Yo —dirá luego— comencé escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin; según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos". Si su primer libro vió la luz en 1911, seis años antes se había ya desposado con la pluma, aún la lleva en ristre y jamás la rendirá hasta que los hados se la arrebaten. Y para esa pluma implume parece haber esculpido estas palabras Cide Hamette: "Para mí sola nació, y yo para ella; ella supo obrar y yo escribir; sólo dos somos para el uno".

Alfonso Reyes ha pasado ya por dos estaciones ubérrimas y está ancorado en la tercera con el huerto en sazón y el granero repleto. Desde el teocalli de sus libros, cien cuando menos, nos contempla hoy —frágil corazón encinta de primavera— esa ancianidad lozana, jovial y resplandeciente que trasmite juventud en perenne renuevo. Yo le sorprendí una vez como nos está ahora mirando desde su oratorio: en grato convivio con sus simpatías y sus diferencias, sus incunables y sus papeles, sus memorias y sus esperanzas; y a sus pies, entre tezontles y mármoles, y sobre deslumbrante zarape, la capa madrileña, el bastón de mariscal y el casco de emperador azteca.

De sus trabajos y sus días surgió esa obra vasta, protéica y unívoca en la que se reclina a dormir la siesta con la mente insomne. Laborero tenaz, temática innumerable, horizonte creciente: haciendo esa obra se hizo a sí mismo cabal hombre de letras. Pero si el alien-